

UN MES.

Madrid... 6  
Prov. 3 meses... 20

# EL OMNIBUS,

EN AÑO.

Madrid... 60  
Provincia... 20

LECTURAS PARA TODOS.—SE PUBLICA CADA CINCO DIAS.

## SUMARIO.

Al presente número acompañan: Un pliego de EL CAPITAN ARENA, por Alejandro Dumas.—Uno idem de la HISTORIA UNIVERSAL, por Costanzo.—Uno idem de la novela FE, ESPERANZA Y CARIDAD, por Flores.—Uno idem de la HISTORIA DEL REINADO DE FELIPE SEGUNDO, por Prescott.

## CROMWEL Y NAPOLEON.

He aquí dos soldados llenos de entusiasmo por la libertad, que la destruyen á fuerza de victorias conseguidas en su nombre. He aquí dos soberanos absolutos que no son, en efecto, mas que dictadores. El uno en su omnipotencia no osó subir el último escalon del trono; el otro no puede mantenerse en él; su despotismo en el interior no se diferencia de la tiranía. Han podido servir de ejemplo á los mas grandes reyes por su actividad y su vigilancia; pero sobrepujan las medidas arbitrarias de los monarcas cuyo solio ocupan, y cuyas cabezas han rodado sobre el cadalso con pretendidas formas jurídicas. Su fuerza existió en una voluntad tan invariable en su objeto como falseable en sus medios; empero el uno conoció límites á la suya; el otro no los conoció. Así el primero murió en el palacio de los reyes, y el segundo bajo el poder de los carceleros de Albion.

¿Quién de los dos ha hecho mas por la grandeza de sus naciones? parece admirable que se presente semejante problema, y pueda ponerse en la balanza la conquista de la Jamaica con los demas estados que sometió Carlo-Magno. Empero si yo aúdo: ¿quién de los dos ha conseguido mejor éxito? es preciso resolverse á nombrar á Cromwel, uno de los mas poderosos fundadores de la dominación marítima de la Inglaterra. Napoleon se ha hundido y ha estado dos veces á punto de hundir la Francia bajo las ruinas de sus conquistas; ha hecho su caída mas inconcebible todavía que la rapidez y la acumulación de sus triunfos; pero el protector, Cromwel, no igualó, ni aun en la duración de dictadura al primer cónsul. En los términos rigurosos de la justicia histórica, aquellas dos épocas deben solo entrar en comparación, y la segunda fué infinitamente superior á la primera, no diremos solo en conquistas militares, sino en monumentos de sabiduría. En ella, sobre todo, es hermoso contemplar á Bonaparte, aunque la libertad tenga que soportar sus elementos, y aunque el Consulado termine por un acto siniestro, deplorable, admira un gobierno en que el mas grande de los capitanes estuvo animado del espíritu de So-

lon y de la inventora vigilancia de Colbert. Cromwel con soldados puritanos. Bonaparte con los propios guardias del Directorio que acababa de derribar, han dispersado con sangriento ultraje dos asambleas, que solo representaban la imagen débil y engañadora del gobierno representativo; la una resto caduco de aquel largo Parlamento que habia contado tres años de gobierno y de desorden; la otra, hija abortada de aquella Convencion que hizo pasar sobre la Francia todavía mas terror que sobre los reyes y sus enemigos. Lo que hubo de mas notable es que el general inglés habia protegido al principio aquel largo parlamento contra las violencias demagógicas de su ejército de santos, y el general francés habia sido el temible defensor de la Convencion, casi agonizante. Vean lo que hicieron cuando llegó para ellos la hora del poder, ¿pero cuánta diferencia hay en su advenimiento á la dictadura, disfrazados bajo los nom-

guerra civil. Los golpes mas fuertes y mas decisivos los habia dado bajo el mando de Fairfax, y habia hecho sobre su general su primera usurpacion. Napoleon á los veinte y seis años habia ya formado la escuela de muchos generales, cuya gloria no debia dejar de acrecentarse con la suya.

Pero veamos, y esto es importante, ¿cuánto mas esonable es la Francia que la Inglaterra por haber aceptado y llamado por su boca un dictador? La guerra civil se hallaba terminada en los tres reinos; la marina inglesa habia ya comenzado, bajo el almirante Blake, la larga serie de sus triunfos; la deuda del Estado era pequeña; la república nada tenia que temer aun de los soldados armados para defenderla, y ya la autoridad civil se doblegaba condescendiente bajo la autoridad militar. El largo Parlamento sufría los ultrajes que padece siempre la vejez impotente. De parte de una asamblea activa, un reinado de

quince años era una flagrante usurpacion, que solo la necesidad y la guerra civil habian podido hacer tolerar. Absorbía todos los poderes, puesto que la Cámara de los Lores habia sido arrastrada en la caída del trono; era un despotismo insultado todos los dias por la anarquía militar. ¿Cuáles eran los principios y las libertades concebidas por los Pyns y los Hampden? La nación desengañada dejó obrar á Cromwel por cansancio, y pareció decir: «Un despota inteligente, valiente y querido del ejército, será menos pesado que un despota múltiple y caduco.» Se cerraron los ojos sobre el crimen, de tan alto como habia llegado, diciendo: «ahora ya no habrá necesidad de mas crímenes.»

En Francia, en el último año del último siglo, el mal era mucho mas grande y el remedio debia causar menos revolucion en los espíritus. Los ejércitos franceses tenían que rechazar todavía el esfuerzo de toda la Europa con valor, empero con una fortuna muchas veces infiel. Habian perdido la Italia; Souwaroff reinaba en ella en lugar de Bonaparte. Verdad es que el héroe moscovita habia encontrado á Massena al pie de los Alpes Helvéticos, y este habia enseñado á los rusos por un sangriento revés, que la patria tenia aun defensores. En el interior la anarquía servía de descanso al terror, y el terror de tiempo en tiempo servía de correctivo á la anarquía. Por un sarcasmo humanitario se enviaba á morir en el desierto pestilencial de Sinaim, á los que antes hubieran seguido al cadalso á Malesherbes, á Bailly, Vergniaud, á Barnave; y la pretendida filantropía religiosa arrojaba mes por mes en aquellos ardientes lagunas lamen-

tables cargas de sacerdotes escapados de los asinatos del Carmes.

En tanto en Paris se apelaba á los placeres, y se habian refugiado estos en uno de los cinco palacios directoriales. La república, que habia pretendido ser romana, pero que habia demasiado largo tiempo seguido en lo interior los caminos de Tiberio y Domiciano, mientras que



Oliverio Cromwel.

bres ilusorios de protector y de primer cónsul! El uno toma las fajas manchadas con la sangre de un rey jurídicamente degollado por él mismo; el otro fué promovido por su gloria. La conquista de la Italia se presentaba como una nueva conquista, la del Egipto; su nombre se habia identificado con la victoria. Cromwel era también un general victorioso, pero solo en la

la era reproducía las hazañas de los héroes de Grecia y de Roma, aquella república volvía á las costumbres de la república, y se había dado por complemento la vergonzosa facilidad del divorcio. La probidad parecía más que el pudor; giraba el gobierno sobre las bases de la fe pública; la bancarrota de las dos terceras partes de la renta había seguido de cerca á la horrible bancarrota de veinte y dos millones de millones de asignados. Hacía un año que los Pentarcas sufrían una parte de las violencias arbitrarias que habían hecho experimentar el 48. Fructidor á la mayoría de las dos cámaras y á dos de sus colegas, la revolución se había convertido en trimestral, así como la vemos renovarse hoy en las repúblicas de la América del Sur. ¿Cuál no debió ser la esperanza y el trasporte de la Francia, cuando en medio de aquellas angustias tristemente divertidas, se presentó un héroe, joven en años, viejo en gloria, narrador lleno de fuego de sus propias hazañas y las de sus soldados, casi milagrosamente escapado de los crueros, del vencedor de Aboukir, y que había aprendido el secreto de hablar en jefe, de administrar en los lugares donde habían reinado Trajano y Sesostris? el espíritu militar dominó al espíritu republicano; todo parecía posible con los héroes de Arcola y las Pirámides; sin duda la necesidad de orden absorbía los pensamientos, y dominaba hasta los espíritus más inquietos. Si alguna vez se oía marmurar el nombre de Cromwell en Francia, se rechazaba con fuerza aquella analogía. Amigos apasionados y partidarios de la libertad, se decían: «Bonaparte se guardará bien de bajar de su altura de hombre grande para caer en el trono de los déspotas.»

La Francia y el mundo se equivocaron; la ambición negó á Bonaparte; el trono que abrazó con despotismo y la sed de conquistas y de glorias, le hizo mantener durante su imperio en alarma toda la Europa. Quiéso invadir la España, y este país tan pequeño á sus ojos, dió la señal de resistencia á la Europa coaligada contra él, que aprendió en los nombres de Bailen, Zaragoza y Gerona, que no eran invencibles las águilas francesas. El coloso de Europa vió hundirse su trono, y relegado en medio del Océano, es una lección viva al mundo y á las generaciones futuras, de lo poco que valen las glorias humanas.

Mas feliz Cromwell, muere en su cama rodeado de sus partidarios, empero á los pocos meses los descendientes del rey mártir inglés volvieron á ocupar el trono, y solo quedó su nombre como una sangrienta página en la historia del mundo.

## DOS AMIGOS.

El 17 de junio de 1786 á las seis de la mañana, un tabernero del muelle de la Ferraille, en París, después de arreglar su entrada, saludaba graciosamente con la mano á un sargento reclutador, que con aire de matón estaba parado en frente.

—Gloria y ventura al más bravo y hermoso sargento del regimiento de Anjou.

El sargento recibió el cumplido como un homenaje que le correspondía, y que en verdad lo merecía. Benito Blondel, alias Francœur, era bien conocido por la elegancia de su talle, el aire marcial de su porte y el escrupuloso cuidado de su traje. Profesor en esgrima y en otras habilidades, es indecible con qué facilidad hacia enloquecer y latir los corazones de todas las lavanderas de los alrededores.

Benito, después de haber estirado bien unas medias blancas que cubrían unas piernas sin la menor falta, enroscada la punta de su negro bigote por medio de un gracioso movimiento de su mano que le era peculiar, y encasquetado sobre la ceja derecha el triángulo que entonces se usaba, se arrimaba al dintel de la puerta de la taberna, cuando una mano le dió tal golpe sobre el hombro, que tembló por la blancura de su uniforme.

—¡Insolente! dijo dando media vuelta con toda la militar periferia.

—No hay que incomodarse, camarada, respondió un hombre con pronunciado acento gascon; ¿queréis que hablemos cuatro palabras?

—Constante en hablarle un rato, repuso Francœur, afectando pronunciar como su interlocutor, pero antes de empezar el asunto entremos aquí y pidamos una azumbre de lo mejor.

—Corriente, camarada, dijo el paisano con cierto aire aneto, dirigiéndose hacia el gabinete en que Francœur tenía sus sesiones de reclutamiento.

—¡Camarada! ¡camarada! repitió por lo bajo este último, ¿qué diablos me querrá este ganso?

Después de haber brindado y vaciado los vasos, el desconocido estendió su pierna sobre el banco en que se sentaba, é hizo con la mano un signo pidiendo atención.

—No es la casualidad la que nos reúne, sargento; me han asegurado que sois un bravo y leal soldado, á quien puede uno confiarse; así, sin más preámbulos, voy derecho al caso: me llamo Juan Bautista, era sargento del regimiento Real de Marina, de guarnición en La Fère. Algunas conquistas fáciles me inspiraron atrevimiento para con las mugeres, y dirigí mis atenciones á la muger de mi capitán, me atrevo á asegurar que no fui del todo mal recibido. Desgraciadamente el marido, informado de mis pretensiones, tuvo el poco tacto de tomarlo por lo serio,...

—¿Es posible! dijo irónicamente Francœur.

—Lo mismo que tengo el honor de referiroslo; ya comprendoreis lo que se siguió. Nos batimos y le herí gravemente. Gracias á algunas protecciones, pude dejar el regimiento sin ser objeto de ninguna investigación,...

—Ya comprendo lo que haréis, camarada, interrumpió el sargento, le tirasteis una estocada en segunda; ¡hum! ¡una... dos... así... y uniendo la acción á la palabra, le tiraba con la mano á su interlocutor una estocada, volviendo con viveza la mano de cuarta á segunda. Éo seguida, mostrando á Juan un circujillo de acero rodeando dos flores en cruz que llevaba como una condecoración, y era el distintivo de los profesores de esgrima en aquella época.

—¿Conozco esa, dijo, soy de la comunidad.

—Sí, observo que sois hábil, y espero que cualquier día de estos iremos juntos.

—Con mucho gusto, veremos si sois tan hábil como el señor caballero de San Jorge, con quien he tenido el honor de tirar un asalto hace pocos días. Os aseguro que me dió que hacer.

—Volvamos á mi asunto. ¿Segun ved servís en Anjou?

—¡En Anjou el soberbio! ¡Anjou el irroprochable! ¡Anjou el sin mancha! ¡En Anjou, el orgullo de Francia! dijo Francœur con volubilidad acariciando su bigote.

—Buena, puesto que reclutais para ese regimiento, me engancho con vos.

—Corriente; ahora os conviene hacerlo mejor que nunca. El coronel, el señor Bombon-Busot, está actualmente en París; os presentaré á él, y no dudo que os ofrezca un grado en cambio del que habeis perdido.

—Está dicho, camarada, vamos á verle; dijo Juan levantándose.

—¡Un instante! ¿qué vivo solist ante todo, decidme, ¿ereis que vuestro capitán escape?

—Si escapará ese bravo caballero? Si por cierto; si así no fuera, no sería por falta de deseos. Vamos, si nada os detiene, pronto estoy á seguir.

—Pues bien, vamos, así como así, no es tarde, podré volver á hacer algunos enganches.

Juan sacó de su bolsillo una larga bolsa bien provista de monedas de oro, y echó con negligencia una sobre la mesa para pagar el gusto.

—Teneis ahí una compañía encantadora, dijo Francœur abriendo sus ojos admirados.

—No me habeis de eso, repuso su compañero con fatuidad; la señora capitana me la ofreció con tanta gracia, que me hubiera sido imposible el rehusarla.

Después de haber bebido el último trago, se dirigieron los dos amigos á casa del coronel.

—¿Sabéis, amigo mio, decía Juan tomando familiarmente el brazo del sargento, que teneis aire de un amigo decidido de los placeres? Por mi parte os aseguro que no los aborrezco, y creo que poco trabajo nos ha de costar el entender-

nos; hemos de ser muy pronto dos camaradas inseparables, dos amigos íntimos.

—Con mil amores, respondió Francœur, sensible á esta cordial invitación, venga la mano, y si sois admitido con vuestro antiguo grado, seremos compañeros de cuarto.

—A propósito, hablemos un poco del coronel; ¿qué tal es su genio?

—Es un poquillo estirado; pero sobre todo, es un bravo y leal militar, á quien podreis confiar con toda seguridad vuestro asunto.

Pronto se derivieron Benito y Juan á la puerta de una habitación situada en un piso principal, plaza del Hotel de Ville, tocó el primero la campanilla con cierta confianza que indicaba bien claro la costumbre.

—¡Anúnciate al coronel, dijo á un negro que vino á abrir, que teniendo que presentarle un hombre, le pido me dispense de venir tan temprano. Entretanto este modelo de sargento, tomando su sable con la izquierda y pasando el pulgar de la derecha bajo el talón que le cruzaba el pecho, echó hácia atrás su arma con un movimiento brusco y enteramente militar, que aun en el día se conserva por tradición en nuestros regimientos.

El coronel, que habla reconocido la voz de Francœur:

—Entra, hombre, entra, le dijo desde su alcoba, ¿qué natural estás hoy, me coges en la cama,

Juan aguardó en la antesala. El erido del coronel, que como todo lacayo no dejaba escapar la ocasión de ser insolente, se aprovechó de la ausencia del sargento para dirigirse al que él tomaba por un recluta puro y simple, con cierto tonillo de suficiencia.

—Digo, buen hombre, ¿os habeis figurado que el señor de Bombon-Busot va á recibir de ese modo?

—¿Por qué no me ha de recibir?

—Yo os lo diré, por vida mia, pero sin intención de fiaros; vuestro traje no es de lo más conveniente.

—Nota, ¿con que me encuentras tú en traje poco conveniente? contestó Juan levantando con dignidad su cabeza; en seguida, arrojando sobre la mesa dos monedas de oro:—Toma, bribon, añadió, esa propina, y prontito tréme un traje de calle de tu amo.

Al instante el lacayo, rogando á Juan que hablase más bajo, le trajo un traje que éste sin cumplido se puso.

—¿Cómo me encuentras ahora, bribon?

—Cualquiera diría que siempre lo habeis llevado, respondió el negro, á quien tan buena propina había cambiado de insolente en adulator.

—Podéis entrar, camarada, dijo Francœur entreabriendo la puerta de la alcoba del coronel.

Juan se presentó sin titubear; y el efecto que su aspecto produjo en el coronel le fué completamente favorable.

—¿Con que habeis pertenecido al regimiento Real de Marina, caballero? dijo el coronel haciendo fuerza sobre esta última palabra, para probarle que estaba bien informado.

—Sí, mi coronel, y aquí traigo los documentos... y entre tanto registró los bolsillos de su traje prestado, turbándose un poco al apercebirse de su olvido.

¡Desgraciadamente el coronel repuso:

—Es inútil, Francœur me ha dicho el desgraciado asunto que os hizo dejar vuestro regimiento, no seáis tan calavera en Anjou; os nombro sargento; seréis compañero de cuarto de Francœur, y os recomiendo que seáis amigos, porque es un valiente en quien tengo plena confianza.

Dió Juan las gracias á su nuevo coronel en términos tales, que éste quedó plenamente convencido de la buena educación del nuevo recluta.

—Vamos, es cosa arreglada, dijo el señor de Bombon-Busot; firmad vuestro enganche; Francœur os dará ciento veinte francos, y dentro de algunos días ireis á incorporaros á vuestro regimiento á Brest, para que os pongais al corriente de vuestras obligaciones antes de la revista de inspección, que ya está cerca.

Después de despedirse del coronel, que le saludó con una flor que ya no se usa en los de su categoría; aguardó Juan en la antesala á



su camarada, que tomaba las últimas órdenes de su superior.

—Cuando se le reunió Francoeur.

—Con que estamos listos, le dijo; poco se ha tardado; camarada, vámonos á almorzar, y espero que me consagres el día de hoy, puesto que somos amigos por la triple voluntad del coronel y de los dos. Desde este instante, el primero que diga *por* tendrá que presentar sus excusas al otro.

—Corriente, pasaremos el día juntos... puesto que así os... te agrada; y los dos amigos se fueron derechos á casa del tabernero Landry, formando proyectos para el porvenir.

Ya conocía estos asuntos Landry; sabía que empezado un trato, solo en su taberna podía terminarse; así, sin necesidad de órdenes, lo tenía todo listo; y á la llegada de los dos amigos encontraron la mesa puesta y servida á la menor señal.

Dicen que el placer quita el apetito, y como también es igualmente cierto que las penas del corazón no corren parejas con las buenas disposiciones del estómago, no estaría según esto, permitido hacer los honores á una mesa bien servida mas que á los indiferentes y á los egoístas. Creo que el placer y la dicha no excluyen el apetito, porque lo que es los dos nuevos colegas, apenas sentados á la mesa, devoraron los platos que les presentaron, bien cargados de pimienta y otras especias. Misfechala primera necesidad, su ardor bajó un tanto de punto; se comió menos, pero se bebió mas; y aumentando la sed en razon inversa del hambre, llegaron hasta á brindar por las delicias de la futura guarnición, que según ellos, ya medio ébrios, valía tanto como la famosa Cápua.

Calentábase la cabeza meridional de Juan; no cesaba de hablar de las bellezas femeninas de Brest, y parecía haber olvidado su grado, su desafío y su última aventura.

—Quiero engañarlas á todas, decía echándose un vaso de vino, que al instante desaparecía.

—Mira, yo tengo mi sistema, decía Francoeur hablando despacio, interia su cabeza se movía de un modo significativo.

—A ver tu sistema, camarada.

—Siento decirte que me es sensible el oír tus proyectos conquistadores.

—¡Bravo! ¡encantador! ¿Tendrás ya celos, hermoso seductor?

—No, pero cuando estoy arreglado con una; bueno, me digo, ya tengo una; mas si veo que tratan de camelármela para satilizarármela, ¡oh! entonces...

—Entonces... veamos ¿qué haces?... lindo sargento de mi vida.

—Hago probar la hoja de mi sable á mi rival, y le sepló en el cuerpo el pedazo mas largo que puedo.

—¡Ah! ¡que horror! no me hables de eso, camarada... ¡dijo Juan tapándose los ojos con la mano que soy yo tu amigo?

—Amigo o no amigo, ante todo respeto al bello sexo.

—¿Has dejado alguna en Brest, por ventura?

—Algo de eso; una lavanderita que tiene unos ojos tan grandes, y el decreto tomaba por término de comparación el grado de la mesa.

—Ya los veremos, ya los veremos, esos ojos tan largos como una clapa.

—Los verás antes que yo; pero cuidado con un mal paso... porque si no... Y metió la punta de su cachillo en la mesa, agujereando el mantel, con gran sentimiento del amo de casa, que como espectador mudo asistía á esta escena.

—Vamos, vamos, cálmate, camarada; añadió Juan tomando el brazo de su amigo; ¿me crees, por ventura, un amigo desleal y sin fé? Ya me darás las señas de tu bella, y si algun aficionado trata de suspirar por ella, Juan se encarga de darle una lección de delicadeza. Puede chunarse un poco con un amigo, pero hacerle tracción, nunca.

Al hablar así Juan se había enderezado rombiando á su interlocutor, á quien fascinaba con su mirada.

—Bien dicho, camarada, dijo Francoeur levantándose también; bien dicho; echa esos cinco... lo mismo haré yo por tí.

De acuerdo ya despues de este incidente, se desfiló una nueva tanda de botellas, que poco á

poco fueron á ocupar vacías su puesto al lado de las anteriores, de tal modo, que prolongándose el almuerzo y volviendo el tiempo, estaban aun en la mesa los dos amigos, cuando la retirada al pasar hizo temblar los vidrios de la tienda del tío Landry.

A semejante toque, cualquiera que lleve uniforme, por muy bebido que esté, si en el acto no queda despejado, por lo menos adquiere la suficiente sangre fría y aplomo para encontrar su cuartel.

Bajo este aspecto era Francoeur el verdadero tipo del soldado viejo; no retrocedía nunca ante una docena de botellas ni un lance de honor; pero siempre y en todas partes colocaba sus deberes de soldado sobre cualquiera obligación ó placer; y jamás le había hallado sordo cualquier toque. Así al primer golpe del tambor se detuvo en medio de una alegre carcajada, provocada por las bromas de su camarada, y escuchó. Cuando se convenció de que no se equivocaba, tomó el brazo de Juan, que pagó el gasto, y lo arrastró á la calle sin dejarle acabar una frase empezada. A poco dormían en el cuartel los dos amigos, al lado uno de otro, contento el uno de su nueva posición, y satisfecho el otro de su día, aunque solo había hecho un enganche.

## II.

Serian las dos de la tarde poco mas ó menos; un sol magnífico lanzaba sus rayos perpendiculares sobre los techos de las casas de Brest; ni una kola nube se veía en el cielo; y sin embargo, las calles estaban desiertas. Era que en aquel día había *Perdon* (1) en Guiparaz, pueblecillo pintorescamente situado á unas dos leguas de la ciudad en el camino de París; y todos los habitantes habían acudido á la fiesta del quebecillo.

Los sargentos del regimiento de Anjou no habían sido los últimos en acudir á la función; y se los distinguía entre todos los galanes por la elegancia de su porte y la galantería de sus maneras. Así es que las costurerillas de la ciudad, y sobre todo las lavanderas, á quienes sobre todo gustaba este regimiento, se reputaban por dichosas cuando con sus coquetterías lograban encadenar á alguno de aquellos galanes; por regla general preferían los militares á los paisanos; pasantes de escribanos ó dependientes de comercio en su mayor parte.

En vano ostentaban los jóvenes elegantes sus puños de encaje, la blancura de sus camisas, ni la finura de las telas de que estaban vestidos. El brillo del uniforme estaba de parte de los sargentos de Anjou, sin contar el aire elegante con que le llevaban, la perfeccion de las formas y el aire marcial de su fisonomía. Otro motivo militaba con razon en su favor; todos los jóvenes de la ciudad que el atractivo de la función había reunido allí, venían regularmente una vez todos los años en semejante día; pero al siguiente, ó se distraían en Brest, ó acudían á las funciones de otros lugares como unas mariposas; no había que soñar con su constancia, mientras que un militar de la guarnición, abrasado por un par de lindos ojos, no dejaba de allí adelante de venir á suspirar á donde los había encontrado, á pesar de la soledad y el silencio del día siguiente de una función, y aun tal vez por eso mismo. Así, pues, los sargentos de Anjou estaban generalmente mimados, buscados y perfectamente bien acogidos.

En un cenador bien cubierto de enredaderas, en un rincón de un jardín donde se ballaba al aire libre, se veía un grupo compuesto de un hermoso sargento, una joven lavandera y una botella de vino del mas caro, que sostenían conversacion muy animada. La joven, ante la que el seductor plieaba su negocio, poco á poco parecía irse ablandando al escucharle. El militar tenía un par de bigotes negros perfectamente peinados y retorcidos; llevaba su tricorne con suma gracia caído de lado; su blanco chaleco rigorosamente abrochado, sus botines, dibujaban una pierna correcta al par que nerviosa; en fin, reunía tantas gracias, que su compañero no podía ser insensible á tales argumentos.

Siempre que terminaba un baile, los camara-

das del dichoso sargento pasaban sonriendo maliciosamente por delante del cenador.

—Mucho compadezo al pobre Blondel, decía uno de ellos; al paso que esto va, mucho será que la fidelidad de Marieta no naufrague.

—Antes bien compadezo yo á Juan, decía otro; cuando venga Blondel, cuidado con el chubasco.

—Sobre todo cuando sepa que es con su chaleco que ha venido Juan á hacerle el amor á su novia.

—¿Es verdad?

—Tan cierto como el sol. Juan tenía mucho interés en venir con nosotros á esta fiesta, mas al irse á vestir se acordó que su chaleco blanco estaba muy arrugado de ayer; no teniendo mas que uno, no dudó en adornarse con las plumas de Francoeur para venir aquí á hacer la rueda en su lugar.

—Parece un talisman ese chaleco, porque lo que es la niña cede de un modo singular.

—Quién sabe cómo acabará todo esto, porque Francoeur no es manco cuando ocha al tiro el chafarote.

—Y en cuanto á Juan tampoco se chuncea; creo que dejó su regimiento por haberse comprometido dando una leccion de esgrima á su capitán.

Se oyó entonces el preludio de una contradanza, y todos fueron á buscar sus parejas; entretanto los dos enamorados seguían cada vez mas engolfados bajo el cenador.

Mientras los bailarines ejecutaban graciosamente la pastorela, entró en el baile con visible agitacion un hombre; su casaca abrochada de arriba abajo, su uniforme descuidado y lleno de polvo, la descomposicion de su fisonomía contrastaban de tal modo con la general alegría, que á poco tiempo todas las miradas estaban fijas en él. Dió la vuelta al salón de baile mirando á todos, y se detuvo pateando de cólera al terminar el rigodon.

—¿Quién me va á hacer el favor de decirme dónde está Juan, mi compañero de cuartel?

Nadie respondió, pero habiendo algunos vuelto los ojos hacía el perdido cenador, Francoeur fijó en él su atencion, y se dirigió allí con brusca resolusion.

No se hallaba entonces Juan al lado de Marieta; galante como todo enamorado al principio de una intriga, había dejado un instante á su bella para ir al ambigú á traer algunas frioleras que ella había manifestado desear.

El verla sola no satisfizo á Francoeur, pues la encontraba con dos vasos medio vacíos, y un lugar á su lado que se conocía acababan de desocupar.

—Marieta, dijo á la joven, que pálido como una muerta al verle; retirás, una muger á quien no se estima no debe escitar nuestra cólera.

Quiso Marieta hablar, pero tuvo que obedecer la imperiosa orden de Blondel, y salió del cenador; el sargento ocupó su sitio, apoyando los codos sobre la mesa.

Cuando volvió Juan, al ver á Blondel manifestó mas sentimiento que temor; se sentó frente á él para contestar al desafío que esperaba.

—Juan, podría tratarte como mereces habiendo abusado indignamente de mi confianza, pero...

—Escóchame antes, Benito... porque comprendo que supondrás...

—No supongo nada; veo bien claro... no abras la boca para escararme; porque te la cerraré con mi mano.

Juan hizo un gesto de indignacion.

—Nada temas, continuó Francoeur afectando gran calma; no ignoro que entre personas como nosotros, está de mas que las manos tomen parte en el negocio. Teniendo lengua se puede hablar. Juan, te has apoderado de mi chaleco para impedirme el venir aquí; has venido sin mi porque ya tramabas la traicion indigna que has llevado á cabo; Juan, ¿era esto lo que me prometías en París, el día de tu enganche? Eres un cobarde.

Al oír esta palabra erigió Juan los dientes, y agarrando una botella, se la tiró al provocador á la cabeza; mas sea que en su cólera no calculó bien el golpe, ó bien que Blondel se separase, la botella fué á estrellarse á algunos pasos fuera del cenador á los pies de Marieta, que lloraba cuanto podia.

—Tú eres el que pierdes ahora la sangre fría.

(1) Perdon. Así llaman en el país á la fiesta aniversario del patron del pueblecillo.

dijo con calma Blondel: guarda un poco para mañana por la mañana... te hará falta.

Al amanecer del siguiente día, en uno de los fosos de la ciudad, cuatro hombres hacían sus preparativos. Dos de ellos se quitaron las casacas y camisas; los otros trataron de arreglarlos, pero todo fué inútil, y entonces les entregaron dos espadas, y el combate empezó con furor. La lucha duró un gran rato con igual habilidad y valor; mas al fin uno de los dos campeones cayó herido en la cara.

Al día siguiente averiguó Benito Blondel, que el objeto que llevaba su camarada al buscar una entrevista particular con Marieta, no era otro sino el de cerciorarse si era digna del cariño tan vivo que Benito la profesaba, hasta el punto de tratar de casarse con ella.

Cuando se cicatrizó la herida de Juan, se verificó el matrimonio con gran satisfacción de todos, siendo Juan el padrino de la boda, y habiendo empleado en un magnífico regalo una buena parte de la renta anual que sus padres le pasaban.

(Se continuará.)

## EL CRIMEN CASTIGADO.

Esta aventura sucedió al principio del siglo XVII, en cierta ciudad de Francia, y solo hay en ella de falso los nombres, porque se procuraron disrazar para comunicar el suceso al público; y en los mismos términos que se comunicó entonces por un testigo ocular á un amigo, vamos á insertarlo para que nuestros lectores se instruyan de este acontecimiento que tanto ofende á la humanidad.

«Vay á confiante, amigo mío, un secreto horroroso que á nadie diré sino á ti. Ayer se ha celebrado el enlace de la señorita Vildac con el joven Sanvil, y como vecino, he asistido á él; tú conoces al señor Vildac, cuya honra es no poco desagradable, y siempre me ha prevenido contra su corazón; ayer le observé medio de tanta gente y tanta fiesta; bien lejos de tomar parte en la felicidad de su yerno y de su hija, parecía que la alegría de los otros era una carga para él; luego que llegó la hora de retirarse, se me ha conducido al cuarto que está debajo de la torre. Apenas me empecé á dormir, me ha despertado un ruido sordo bajo de mi cabeza; he escuchado, y he oído que arrastraban cadenas, y que alguno bajaba lentamente; al mismo tiempo se abre una puerta de mi cuarto, y se redobla el ruido de cadenas; el que las llevaba se acerca á la chimenea, reune algunos tizones medio muertos, y dice con una voz baja y sepulcral: ¡ah! ¡cuánto tiempo hace que no me caliento!... Te confieso, amigo mío, que yo estaba aterrado: cogí mi espada para defenderme; entreabrí mis cortinas, y á la luz escasa que prestaban mis tizones, apercí un viejo decarnado, medio desnudo, con toda su cabeza calva y una barba blanca, que aproximaba á los carbonos sus manos trémulas; este espectáculo me dejó sin acción, y mientras le contemplaba, produjo la leña una llama; volvió sus ojos al lado de la puerta por donde había entrado, después quedó abatido, y en seguida se entregó á un dolor extremo; un momento después, poniéndose de rodillas, tocó la tierra con su frente, y oí que decía sollozando: Dios mío! ¡Oh mi Dios!... En este momento hicieron ruido mis cortinas: él se volvió espantado, y dice: ¿quién está ahí, ¿hay alguno en esa cama?—Sí, le respondí yo! corriendo enteramente mis cortinas.—Pero quién sois...»

«Sus lágrimas le estorbaban el hablar; me hizo señal con la mano de que le faltaba la voz; por último se calmó en agitación.

«Yo soy el más desgraciado de los hombres, me dijo, no debería decirte más; pero hace tantos años que yo me hallo sin ver á nadie... que me arrastra el placer de hablar con uno de mis semejantes; no temas nada, venid á sentaros cerca de la chimenea; teniendo compasión de mí, dulcificareis mis penas con solo escucharme.

«El terror que yo había tenido fué reemplazado por un movimiento de compasión, y fui á sentarme junto á él; esta señal de confianza em-

pezó á servirme de consuelo, pues tomé mi mano, la besé y la humedecí con sus lágrimas.

«Un hombre generoso, me dice, empezad por satisfacer mi curiosidad: decíme cómo es que os halláis en este cuarto que nunca se habita? ¿qué quieró decir ese ruido que ha habido todo el día? ¿qué es lo que ha ocurrido hoy en esta casa?»

«Cuando le he contado el matrimonio de la hija de Vildac, ha levantado sus manos al cielo.

«Vildac tiene una hija! y esa es la que se ha casado! ¡Gran Dios! ¿hacéisla feliz, y sobre todo hacéis que su corazón ignore el crimen?... Sabed, en fin, que yo soy, estais hablando con el padre de Vildac... ¿pero tengo yo derecho á quejarme? ¿podré yo acusarle?»

«¿Qué! ¿dijo yo admirado, ¡Vildac es vuestro hijo, y ese monstruo os tiene aquí! ¿vos no habláis con nadie! ¿el os ha cargado de cadenas!»

«Ved, me ha respondido él, lo que puede producir un vil interés. El corazón duro y esquivo de mi desgraciado hijo no ha concebido nunca ningún sentimiento insensible á la amistad y al amor, se ha hecho sordo á los gritos de la naturaleza, y por apoderarse de mis bienes me ha cargado de hierros.

«Un día fué á casa de un señor vecino que había perdido á su padre: le hallé rodeado de sus vasallos, ocupado en recibir rentas y en vender sus cosechas. Esta vista hizo un efecto espantoso en el espíritu de Vildac; le devoraba hacia mucho tiempo la sed de gozar de su patrimonio: á su regreso advertí que tenía un aire mas sombrío, y mas emprendedor que de ordinario. Quince días después me arrebataron tres hombres enmascarados, y después de haberme desnudado y cogido cuanto tenía, me condujeron á esta torre. Yo ignora cómo Vildac se ha manejado para esparcir la noticia de mi muerte; pero he comprendido, por el ruido de las campanas y por algunos cánticos fúnebres, que se ha celebrado mi entierro; y la idea de esta ceremonia me ha sumergido en el dolor mas profundo; he pedido inútilmente como una gracia, que se me permitiese hablar un momento á Vildac; los que me traen pan me miran sin darme como á un criminal condenado á permanecer en esta torre, donde estoy hace ya veinte años. He advertido esta mañana al entrarme el pan, que habían cerrado mal esta puerta, y he esperado á la noche para aproximarme; yo no trato de escaparme, pero la libertad de dar un paso mas es algo para un prisionero.

«No, grité yo, vos dejareis esa indigna estancia; el cielo me ha destinado para ser vuestro libertador; salgamos, todos duermen; yo seré vuestro defensor, vuestro apoyo, vuestro guía.

«¡Ah! Me dijo él después de un momento de silencio; este género de soledad ha cambiado mis principios y mis ideas. Todo pende en este mundo de la opinión. Ahora que estoy acostumbrado á que mi posición sea de las más duras ¿para que la he de dejar por otra? ¿qué he de hacer yo en el mundo? Mi suerte está decretada, y moriré en esta torre.

«¿Cómo! ¿Es posible penséis de ese modo? No tenemos mas que un momento, la noche se avanza, no perdamos el tiempo; venid.

«Vuestro celo me interesa, ¿pero tengo ya tan pocos días que vivir!... Me interesa ya tan poco la libertad... Iré por gozar de ella á deshonrar á mi hijo!...

«El es quien se ha deshonrado...»

«¡Ah! ¿pero qué me ha hecho su hija? Esa jóven inocente está en los brazos de su esposo, y he de ir yo á cubrirle de infamia?... ¡Ah! mas bien si yo la pudiera ver, la bañaría con mis lágrimas y la estrecharía en mis brazos... Pero me enternezco inútilmente; yo no la vere nunca. Adios, el día se acerca y podrán oírnos; yo me vuelvo á mi prisión...»

«No señor, le dije yo deteniéndole; eso no lo sufriré yo; la esclavitud debilita vuestro espíritu, y yo soy quien debe prestaros valor; después veremos si convendrá hacernos conocer; empecemos por salir; yo os ofrezco mi casa, mi crédito y mi fortuna; ignorarán quién sois, se ocultará, si es preciso, el crimen de Vildac á toda la tierra ¿qué teméis?»

«Nada; estoy penetrado del mayor reconocimiento, yo os admiro... pero todo es inútil; no me alrevo á seguirlos.

«Pues bien, escoged; si os dejé aquí, voy á gobernador de la provincia, y le diré quién sois, y vendremos de mano armada para arrancaros de la barbárie de vuestro hijo.

«No, guardaos de abusar de mi secreto; dejadme morir aquí... Yo soy un monstruo indigno de ver el sol... Debo esperar un crimen, el mas infame, el mas horrible... Volved los ojos, ved esa sangre de que hay señales sobre el suelo y sobre las paredes... ¿la veis?... Pues esa sangre es la de mi padre, yo soy quien le ha asesinado. Yo quise, como Vildac... ¡Ah! yo le veo aun que me fiende sus brazos sangrientos... El quiere detenerme... el cae... ¡Oh, imagen espantosa! ¡Oh, desesperación!»

«Al mismo tiempo el viejo se echó en tierra, se arrancaba los cabellos... le entraron convulsiones horribosas, y yo permanecí inmóvil. Después de algunos momentos de silencio, creímos oír ruido; el día empezaba á presentarse, y él se levantó.

«Vos estais, me dijo, penetrado de horror. Adios, huid de mí, y yo me vuelvo á la torre para no salir mas.

«Yo me quedé sin voz y sin movimiento; todo me causaba terror en la torre, y salí al momento: ahora me preparo para ir á habitar fuera de aquí, pues no podré ver á Vildac, ni su memoria me dejaría ya un momento de reposo en este pueblo; ¡oh, amigo mío! ¿cómo es posible que la humanidad produzca unos monstruos tales, ni menos permita acciones semejanles? No, no se hizo la sociedad para el animal mas feraz; hoyamos de él... Si; este es el hombre.»

## ALGUNAS PIELS DE HOMBRES CONOCIDOS.

La piel del bohemio Ziska, ha servido por la voluntad misma de este célebre guerrero, para hacer un tambor.

Se han clavado sobre las puertas de algunas iglesias restos de las pieles de los daneses.

Se conserva en el Museo Filosófico Institution, en Radding, un pedacito de Jeremías Benham.

En la biblioteca de Basia San Edmundo, se enseña un libro encuadernado con la piel del asesino Cowder.

En mayo de 1855 se ha visto presentar en una venta pública un libro sobre la causa del asesino Carlos Smith, ejecutado el 3 de diciembre de 1817 en Newcastle-On-Tyne; una de las hojas de aquel libro estaba hecha con la piel de aquel hombre.

El doctor Brodreaux, médico de la ciudad de Sens, muerto hace quince ó veinte años, tenía, dicen, un calzon hecho con la piel de un turco, que había asesinado á muchos marineros en Auxerre, que habían tenido la imprudencia de cortarle su barba durante su sueño.

## MISCELANEA.

EL PREMIO DE MEMORIA.—Un gallego vino á Madrid, y fué á ver á uno de sus compañeros, al que pidió, porque lo necesitaba, un duro que le había prestado hacia quince años. El deador le deja, y le trae un libro que le da, con un escudo en la portada, diciéndole:

—Toma: es un premio de memoria que gané en mi juventud; seguramente lo mereces mejor que yo.

Un jóven escribía á su padre una carta de mucho interés, y recordando se perdiese, sacó una copia añadiendo en una y otra: «la mando doble por si una se extravía;» é incluyéndolas bajo un sobre las mandó al correo.